

Valor de la familia, valores de la familia.

¿Cómo valoramos lo nuevo que emerge?

Javier de la Torre

Director Cátedra de Bioética. Universidad Pontificia Comillas

E-mail: jtorre@teo.upcomillas.es

Recibido 18 de julio de 2014
Aceptado 23 de julio de 2014

RESUMEN: Este es un artículo que pretende presentar valoraciones nuevas sobre la familia. No se fijará tanto en los hechos sino en el cambio de mirada y valoración de esos hechos por nuestros contemporáneos. Esa novedad comporta muchas cosas buenas que es importante integrar. El mundo ha cambiado y la familia también. Muchos quieren echar marcha atrás, quieren mirar atrás. No sé si quedarán convertidos en estatuas de sal pero, sin duda, no podrán aportar nada significativo a nuestra sociedad y familia del futuro si no cambian su mirada.

PALABRAS CLAVE: nuevos valores familiares, familia autárquica, emotivismo familiar y familia cristiana.

1. **Valores humanos y valores familiares. Los cuatro valores humanos radicales de la familia**

Necesitamos una nueva mirada para percibir ciertos cambios radicales que se van dando en la familia. Echemos una rápida mirada biocultural sobre la familia.

1.1. *El nacer y el crecer*

En Europa, en la última década, la natalidad ha caído enormemente. La media de fertilidad se sitúa entre el año 2000 y el 2011 entre

el 1,46 y el 1,61. Solamente dos o tres países en Europa superaban los dos puntos en el año 2011. La anticoncepción es usada por un 95% de las mujeres en edad fértil. En el mundo más de la mitad de la humanidad vive en ciudades de más de un millón de habitantes (en 1910 era el 10%). Detrás de estos datos hay algunas actitudes nuevas: los europeos en general planificamos más los nacimientos, tenemos en cuenta las condiciones sociales, laborales y económicas antes de dar vida, usamos mayoritariamente la anticoncepción y vivimos mayoritariamente en contextos urbanos que condicionan la

planificación familiar. Las familias de tres o más hijos representan en muchos países menos del 15% de las familias. El modelo dominante es la pareja sin hijos, con uno o con dos hijos. Además el primer hijo viene tarde. En España se tiene a los treinta años. La dilatación del deseo de paternidad, ha hecho que en algunos países europeos del 2% al 4% de los hijos vengan a través de las técnicas de reproducción médicamente asistida. Pero lo dramático es que en algunos de estos países más del 20% de las vidas humanas engendradas no son deseadas y terminan en aborto. En España nacieron 453.200 personas en el año 2012 y se realizaron 117.000 abortos. De estos, un 40% son realizados por personas que no nacieron en nuestro país, muchas de ellas en una situación socioeconómica difícil

De todo ello se desprende una primera conclusión: los europeos seguimos valorando dar vida aunque esta venga más tarde, aunque el número de hijos sea menor y de muy distintas formas; eso sí, siempre en contextos urbanos. Nunca ha habido tantos padres implicados en la educación de sus hijos: los llevan a la guardería, les ayudan en sus deberes escolares, se esfuerzan en su formación; las relaciones de pareja son más igualitarias. Nunca los nacimientos han sido tan dialogados y pensados en pareja. Nunca las mujeres

han tenido un papel más activo a la hora de engendrar vida y más medios para decidir responsablemente el momento de tener hijos. Todo esto supone que culturalmente venimos a la vida de modo distinto al pasado, entramos en el mundo en un contexto distinto y de forma diferente.

1.2. *El trabajo y el sin trabajo*

Vivimos en un mundo en el que muchos no tienen trabajo. Algunos autores (Rifkin) hablan del fin del trabajo, otros de precariedad (Beck) en la era de la globalización, otros de *working poors*. Hay muchos trabajadores que no están lejos del paro y eso hace muy difícil la vida familiar.

Para más inri, no parece que las cosas vayan a cambiar en este capítulo. Baste recordar que en los tres decenios próximos la población activa del planeta se incrementará en 1.200 millones de personas, su incorporación al mercado laboral se presume extremadamente difícil. Según la OIT en 2009 había ya 212 millones de desempleados en el mundo. La competitividad global no se está traduciendo en la generación de empleos de calidad. Se trata de producir más y mejor con menos trabajo (*jobless growth*). Esta situación genera muchas dificultades a la hora de conseguir un nuevo empleo; un empleo que se consigue tras estar mucho tiempo sin trabajo.

Está apareciendo un desempleo «estructural» y un empleo sin calidad, sin estabilidad ni garantías. Hay que valorar lo que supone en la vida «vivir sin trabajar» para las personas y las familias. El trabajo no sólo supone la adquisición de unos ingresos para conservar la vida y cubrir las necesidades familiares (vía de acceso a la renta) sino un modo de realización personal (ser-hacer), una forma de integración social (lugar en la sociedad) y una cooperación al bien común (principio de solidaridad). El paro, por lo tanto, no solo afecta a la dimensión económica y a la satisfacción de necesidades básicas (alimentación y vivienda) sino a aspectos esenciales psicológicos (realización), sociológicos (rol) y políticos (cooperación al bien común), que inciden de manera esencial en la familia. Quizá sería bueno analizar lo que supone en costes psicológicos-sociales y políticos el que el 50% de los jóvenes españoles carezca hoy en día de trabajo y cómo esta situación está afectando su identidad y su proyecto a la hora de construir una familia.

Con la nueva cultura del trabajo que favorece los horarios sin límites (fin de las horas extras), las desigualdades salariales (entre estrellas y peones de obra), el desarrollo estresante (flexibilidad y nuevas capacidades que hay que formar), la competitividad, el compromiso distanciado al cambiar mucho de trabajo y la

burocratización, los que tienen la suerte de trabajar también ven afectadas enormemente su subjetividad y su vida familiar.

La familia no es una escuela profesional, ni un colegio, ni una universidad, pero sí es pieza esencial en la formación de hábitos de aprendizaje y de esfuerzo junto con actitudes que ayudan a enfrentar el fracaso laboral y la falta de trabajo labrando personalidades valiosas más allá de lo que hacen y no hacen, más allá de la actividad o el paro, de la nómina o el rol social. La familia es escuela inigualable en generar actividades valiosas no monetarias, acciones valiosas más allá del trabajo que pueden ayudar a vivir con dignidad en estos tiempos de «desempleo estructural» y de empleos de baja remuneración.

1.3. *Sexo y amor en tiempos revueltos*

Vivimos en una sociedad y cultura en la que lo primero que se ofrece a nuestros adolescentes es la sexualidad. La sexualidad se ofrece, se vende, se exhibe por todos los lados. Hay una sexualidad omnipresente, una sexualidad ocasional practicada con frecuencia por nuestros adolescentes, una sexualidad concebida como rito de paso, una sexualidad vivida dentro del ocio, unida al alcohol y las drogas, una sexualidad guía-

da por amigos y los medios, una sexualidad donde no tienen voz ni los padres ni la escuela. Esta sexualidad es vivida dentro de una afectividad adolescente centrada en el presente, en los afectos, en el grupo y ajena a toda mirada de futuro y a todo compromiso público. En la corporalidad y la sexualidad es donde el joven se siente más autónomo y con más fuerza frente a su familia.

Más allá de todo dogmatismo y de todo permisivismo moral, tenemos que reconocer que hay muchas cosas buenas en esta nueva situación. Hemos pasado de una sexualidad vivida como genitalidad a una sexualidad vivida como dimensión integral de la persona. De una sexualidad procreativa a una sexualidad como lenguaje de la persona. De una sexualidad como placer a una sexualidad como comunicación. De una sexualidad referida al matrimonio a una sexualidad más autónoma. De una sexualidad ignorada a un mayor conocimiento científico. De una sexualidad dirigida a un mayor respeto de libertades y derechos. De una sexualidad uniforme a un mayor respeto de la diversidad y la pluralidad. De una sexualidad conectada a la religión a una sexualidad más secularizada.

Todo esto supone que tanto en Europa como en América la mayoría de nuestros jóvenes han tenido

relaciones sexuales completas antes de alcanzar su mayoría de edad. Los jóvenes llegan al matrimonio trayendo un bagaje sustancial de experiencia y conocimientos sexuales. En España se tienen las primeras relaciones completas sobre los diecisiete y se casan de media a los treinta. Esto implica que llegan al matrimonio trece años después teniendo relaciones sexuales, normalmente, con diversas parejas. Las relaciones sexuales han dejado de tener ese carácter vinculado a la relación matrimonial y han pasado a ser frecuentes entre las parejas de solteros como indica la alta frecuencia de una convivencia antes del matrimonio (90%). Nuestra sociedad nos ofrece muy tempranamente el «disfrute de los sentidos»; sin embargo, nos enseña muy lentamente a comprometernos con los otros, a amar al otro. La sexualidad practicada no nos vincula, no nos socializa, no crea unión y amor comprometido. La relación amorosa, estable y duradera, llama tarde a la puerta. El matrimonio suele ser hoy un fruto maduro. La familia es y seguirá siendo un referente esencial y radical en el lento aprendizaje del verdadero amor, del amor de pareja, más allá de romanticismos y cinismos.

1.4. *Enfermar y morir*

Hoy nuestra cultura ha experimentado grandes cambios en la

concepción del anciano, en el peso de los ancianos de la sociedad (20%), en los procesos de muerte y en la forma de morir, en la comprensión de las actitudes ante la muerte. El anciano ha pasado de ser un ser exclusivamente dependiente y necesitado de cuidados, con conocimientos obsoletos, inactivo y gravoso a vivir esta etapa como autorrealización y autoafirmación, con creatividad y plenitud, con capacidad para ayudar notablemente a sus hijos y nietos. Pero más allá de esta imagen del mayor de sesenta y cinco años tenemos otra cara que no podemos dejar de observar: su edad media se sitúa en casi todos los países europeos por encima de los setenta, llegando en España en el caso de la mujer hasta los ochenta y cinco años (INE, 2014). Todo esto hace que tengamos que enfrentarnos con nuevas dificultades.

La mayor duración de nuestras vidas hace que las familias sientan durante mucho más tiempo las enfermedades, que necesiten una mayor asistencia médica, que los cuidados a sus mayores se alarguen, que los enfermos y personas dependientes y con demencia se vayan incrementando lo que supone un mayor costo económico (España y Suecia 7-8% PIB es gasto sanitario). Nuestras familias están directamente o indirectamente «tocadas» y alteradas por la enfermedad de muchos

de sus mayores. No es extraña la pareja con un hijo que tiene que cuidar a «cuatro abuelos y algún bisabuelo».

Las familias siguen cuidando mayoritariamente a sus mayores. A veces son largos períodos de dependencia y cuidado de enfermedades como el Alzheimer, la depresión, el cáncer, etc. Las residencias son utilizadas en España por tan sólo el 5% de los mayores. Muchos no viven en la misma casa pero muchos tienen algún familiar o algún hijo cerca. Los modos de cuidar y de atención son distintos y se conjugan con una mayor autonomía de los mayores; rara es la familia «sin enfermos» que sostener y cuidar.

Todo ello en medio de una cultura instalada en lo mundano, que huye pavorosamente de la muerte. La muerte se ha convertido en un tabú. Es algo vergonzoso. Algo que se debe ocultar. Algo de lo que no conviene hablar. Tal vez por ello se realicen menos visitas a los hospitales y cementerios. Se huye de los sentimientos de fracaso y absurdo. La familia aquí tiene un papel esencial en la tarea de ayudar a enfrentar la finitud y la muerte o esquivarla.

Al ser las enfermedades más crónicas y degenerativas, el proceso de morir es más largo (gracias a la hidratación, nutrición artificial y técnicas de soporte vital). Hoy

se muere de manera distinta a cómo se moría hace unas décadas. La muerte llega tras múltiples intervenciones médicas. Se agotan todas las posibilidades que la lucha por la vida nos pueda ofrecer. La muerte se ha tecnificado. Se muere conectado a sueros, sondas, aparatos. Todo ello supone un profundo agotamiento para quienes tienen la suerte de acompañar a sus mayores; otros no los pueden acompañar en el momento decisivo. La muerte, por otra parte, transcurre en un entorno extraño y aislado. El 80% mueren en el hospital lejos de sus familiares y amigos, incomunicados y sin noticias de sus procesos finales. Hoy se muere sin solemnidad ni ceremonias. ¿No morimos hoy todos un poco más solos?

Lo importante, por lo tanto, es examinar los cambios de la familia desde las relaciones fundamentales: cómo generamos vida, despedimos la vida, amamos a otros y trabajamos con otros.

2. Valores culturales y valores familiares. Las nuevas formas de relacionarnos

Durante mucho tiempo la familia realizaba casi todas las funciones. Era ministerio de educación, de sanidad, de empleo, de asuntos sociales, de economía, de asuntos religiosos, de cultura. Hoy gran

parte de sus funciones han sido transferidas aunque ninguna de modo completo. Sin embargo, hay funciones, como las que acabamos de presentar, que son intransferibles: dar y despedir la vida, amar y enseñar a trabajar. Hoy serán realizadas por distintos tipos de familia y posiblemente de modo nuevo, pero de ninguna manera podemos hablar del «valor de la familia» si estos valores, de la manera que sea, no están presentes.

Más allá de estos cambios radicales en la antropología de la familia, observamos nuevos rasgos culturales de la familia actual.

1. Hoy todos somos *más emocionales y sentimentales* que hace décadas y siglos. El emotivismo, como señala A. MacIntyre, es una nota esencial de nuestra cultura moral¹. Las familias se han hecho más emotivistas y sentimentales. Se valoran más que las normas y las virtudes, los valores compartidos o los ideales, el «estar bien» juntos, el bienestar en casa. Esta familia emocional hace que aunque padres e hijos puedan tener distintas ideas políticas o creencias religiosas, distintas aficiones o intereses, puedan establecerse modos de

¹ A. MACINTYRE, *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona 1986.

- estar en común satisfactorios, puedan vivir juntos.
2. Nuestra cultura centrada en lo afectivo es una *cultura de la fragilidad y la vulnerabilidad*². Somos más sensibles al aprecio y al desprecio, al reconocimiento, al falso reconocimiento y a la exclusión³. La sensibilidad, la corporalidad y la exposición al otro van de la mano. Nos afectan más las cosas, somos más demandadores y más litigadores, más susceptibles. Somos, en definitiva, más hirientes y nos sentimos más heridos. Todos vivimos más desde la piel. Hoy vivimos mucho más interdependientes, más conectados a más gente, más intercomunicados con muchas personas de modo real o virtual. Somos conscientes que nada hay más aburrido que vivir en un cielo y en solitario. Por eso la familia es hoy y al mismo tiempo un espacio de aprecio, reconocimiento, valoración, seguridad y un espacio donde estamos más expuestos a ser heridos y a herir, a ser más hirientes. Normalmente los más cercanos, son los que más nos hacen sufrir y llorar.
 3. El emotivismo y la vulnerabilidad nos llevan a una cultura donde *el cuidado* es una categoría esencial⁴. Si los otros, los afectos y los cuerpos son importantes, la consecuencia es que lo relevante es el cuidado. Cuidar la vida frágil que nace, cuidar la vida vulnerable que muere, cuidar la enfermedad, cuidar los afectos, cuidar la amistad, cuidar el trabajo y las tareas del hogar, cuidar al que no trabaja y cuidar el medio ambiente son tareas esenciales de la familia actual. Frente a los grandes proyectos modernos de transformación de la realidad, ahora nuestros grandes proyectos están en los modos de relación, en la forma de acercarse a los otros y a la naturaleza. La otra cara de esta cultura del cuidado es el descuido, la irresponsabilidad, el abandono, la marginación, la superficialidad, la negligencia, la falta de atención no sólo en la vida social sino también en la vida familiar. En la familia muchas veces somos descuidados con los que están cerca, no atendemos, no miramos, no tenemos en cuenta.
 4. En un mundo imprevisible y en cambio, todo está en el aire.

² M. NUSSBAUM, *La fragilidad del bien*, Visor, Madrid 1995.

³ A. HONNETH, *La lucha por el reconocimiento*, Crítica, Barcelona 1997.

⁴ M. LÓPEZ ALONSO, *El cuidado: un imperativo para la bioética*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2011.

Cambiamos de trabajo, de domicilio, de pareja, de ciudad, de preferencias y gustos, etc. El mundo es imprevisible por los nuevos descubrimientos que nos trae la ciencia, por el azar y los múltiples efectos mariposa de las cosas, por una vida social concebida como juego en que todos ocultamos y mostramos algunas de nuestras cartas, por lo impredecible de los fenómenos sociales (sólo hace falta ver los errores en las previsiones de los grandes organismos internacionales). En este mundo en movimiento e imprevisible lo más esencial para el crecimiento humano son los vínculos y los apegos que duran tiempos largos en la vida, los vínculos estables y consistentes en el tiempo, los vínculos cotidianos, cercanos y hogareños, personales y preferenciales, los vínculos de ocio y disfrute, de protección y seguridad⁵. La familia sigue siendo el *ámbito de los grandes vínculos de la vida*. Esto no evita que ya hasta los matrimonios se valoren por los años que duran y que en las mismas relaciones familiares todo tiene que renovarse, recrearse, reformularse,

reinterpretarse. Nada es lo mismo hoy que ayer. Vivimos en una sociedad llena de riesgos (Beck) en la que parece que sólo la vinculación, el apego y la solidaridad pueden salvarnos. Una sociedad en la que la solidez de sentirnos con otros en un mismo hogar alienta nuestras vidas.

Cuatro valores de la familia actual emergen, por lo tanto, en nuestra cultura: lo emocional, lo vulnerable, el cuidado, la vinculación.

3. Valores familiares y valores sociales

Desde estos mismos valores podemos observar cuatro deformaciones familiares que hoy son difícilmente sostenibles y que apuntan a lo que pueden ser los nuevos valores de la familia actual en nuestra sociedad.

1. *La ética de los deberes familiares* fue dominante durante siglos. Todo se reducía a obligaciones entre padres e hijos, entre los esposos, entre los hermanos. Reverencia, obediencia, alimentación, educación eran obligaciones ineludibles. Era una relación en la que la clave era en el respeto, en la que se insistía en el trato correcto a los padres, en no provocar disgustos, no golpear, no des-

⁵ A. BERÁSTEGUI, «La familia en la formación de la persona. O la importancia del vínculo de apego temprano en el desarrollo humano», *Estudios Eclesiásticos*, vol. 88(2013), n.º 345, 287-304.

obedecer. Comportamientos que escondían una serie de pseudovalores como el autoritarismo jerarquizado, el machismo, la obediencia ciega; en suma, un centramiento de la vida familiar y sus obligaciones que se hace difícil en una época, que como ha descrito Lypovetsky, se caracteriza por un cierto «crepúsculo del deber».

2. *El familismo cerrado*. Consiste en esperar todo de la familia. La familia lo es todo. Suele darse una sobreprotección materna o paterna, un apoyo exagerado de los padres que impide la independencia, un amoralismo familiar que tapa todo lo negativo por el bien de la familia, unas relaciones económicas concebidas según modelo de familia patrilínea. La familia se comprende como el único foco de solidaridad y responsabilidad moral para el individuo sacrificando otros valores. La familia se absolutiza deteriorando otros valores como la justicia, la verdad, la honestidad, la autonomía, etc.⁶
3. La *ética del desarrollismo consumista* aparece a principios

del siglo xx. Lo esencial es la realización de la persona como exigencia individualista. Se procura la continua promoción y ascenso de todos los miembros de la familia: los hijos tienen que ser más que los padres. Se centra la dinámica familiar en el consumo de bienes económicos, culturales, educativos con el fin de ser más, realizarse más, desarrollarse más. Hay una preocupación por alcanzar poder y fama en la vida. El trabajo y la ocupación fuera de casa son signo de esta mentalidad de desarrollo personal. Es un modo de vida centrado en el tener sobre ser, en la avaricia, que como dijo Pablo VI, es una forma de subdesarrollo moral (*Populorum progressio* 19).

4. La *familia hedonista*. Aparece en la segunda mitad del siglo xx. Se da una mayor incomunicación. No hay protestas ni violencias. Se evitan implicaciones y complicaciones. Se busca el placer sin estridencias y, como consecuencia, una vivencia del trabajo más como necesidad que como realización. Hay un cultivo de lo singular y de lo individual. Hay un modo de vida más estético.

⁶ M. VIDAL, *Para orientar la familia post-moderna*, Verbo Divino, Estella 2001, 108-110.

Estas cuatro distorsiones nos desvelan cuatro aspectos de lo que no puede ser la familia hoy. La

familia no puede ser un ámbito de autoritarismo y obligaciones, no puede ser un ámbito cerrado y absoluto, no puede ser una empresa o un lugar sólo de desarrollo personal, ni puede ser, tampoco, un lugar de descanso, placer y bienestar. De modo positivo, la familia debe ser un ámbito de relación y participación, de apertura y diálogo, de amor y comunión, de compromiso y solidaridad. Por eso, la familia debe intentar en la medida de sus posibilidades desterrar el autoritarismo, la competitividad, la coacción, el permisivismo, la indiferencia, el conservadurismo acrítico, el miedo a lo nuevo, el constante castigo o el continuo regalo, el consumo excesivo, la instalación constante en el placer, la insolidaridad.

4. Valores familiares y valores cristianos

En los sinópticos y en la predicación de Jesús no hay una preocupación por el tipo de familia (extensa, nuclear, tradicional, etc.). Lo que sí hay es una clara preocupación por los valores que vive la familia y una clara afirmación de los valores del Reino. Los valores de la familia están al servicio de los valores del Reino. Lo esencial para llamar a una familia cristiana no es un tipo de forma, ni si va al templo cada domingo o realiza determinadas prácticas religiosas como la oración en común.

¿Dónde están entonces las claves para llamar a una familia cristiana? En:

1. *La acogida y hospitalidad con los más pobres y vulnerables.* Apertura y solidaridad son notas centrales en la familia cristiana. Las familias cristianas son familias de puertas abiertas, acogedoras de los que más sufren. Lo esencial está en la compasión y la misericordia ante los más pobres y vulnerables. Son todo lo contrario de un ámbito cerrado y aislado, egoísta o competitivo, sólo preocupado por sobresalir. Tanto Jesús como las primeras comunidades cristianas son una nueva familia en la que los pobres y vulnerables son sentados a la mesa; los enfermos y los mendigos, los esclavos y los huérfanos tienen un lugar especial. Jesús y sus discípulos comen con pecadores, se acercan a la cuneta de los caminos a curar enfermos y parálíticos, pronuncian palabras de aliento y esperanza a los más excluidos y marginados, acogen a las prostitutas, etc. La familia cristiana debe reflejar los misterios de la vida de Cristo y los valores evangélicos y, por ello, debe cuidar, como él lo hizo, de los más pobres y vulnerables. Es la dimensión cristológica de la familia.

2. Jesús desea unas familias comprometidas con los valores del Reino. Los valores del Reino no son sólo para un conjunto de célibes sino para todos los hombres. Son valores que en su hondura son lo “mejor y más valioso” para el ser humano. Jesús en el Sermón del Monte (Mt 5-7) habla de las actitudes de pobreza, abandono y castidad del corazón. Ya no se trata sólo de ser compasivo sino de *vivir abandonado, vivir en la providencia, vivir en la confianza de un Padre bueno que lo cuida todo*. La familia no debe educar preocupándose principalmente por el vestido, por la comida, por el dinero, por el honor. La familia es una pequeña Iglesia doméstica (LG 11) en la que se va labrando la fe y la confianza. La familia cristiana debe enseñar que cuando nos entregamos y rompemos por los otros, incluso más allá de nuestras limitaciones y fracasos, hay siempre un Dios que cuida de nosotros. Es la dimensión escatológica de la familia.
3. *Amor y compromiso* con la vida frágil del que nace y del que se acerca a la muerte, en la educación y en el crecimiento, en la demencia y en el decrecimiento, con los niños y con los enfermos. En el Sermón del Monte, Jesús invita a una ética del compromiso interior y radical. No se trata simplemente de no matar, no robar, no mentir o no ser infiel sino de un fuerte compromiso interior con la vida, la justicia, la verdad y la fidelidad. La familia tiene una vocación de realización del ser humano, de todo ser humano. Este compromiso es *desproporcionado y lleno de generosidad*: amar a los enemigos, acompañar dos millas al que te pide que le acompañes una, al que te pide la túnica dale también el manto, cuidar la mirada a la mujer y no sólo el comportamiento con ella, cargar con la propia cruz, etc. Este modo de amar generoso es el que debe cultivar la familia, es el que debe vivir la familia en primer lugar antes de lanzar a sus hijos a la sociedad. Es la dimensión escatológica y de lucha por el Reino de la familia.
4. *Conciencia personal, diálogo y comunicación hondas*. Jesús habla de orar en lo escondido, de ayunar sin que los demás lo sepan, de dar limosna sin que lo sepa tu otra mano. Hay una llamada a la interiorización de los valores y una huida de toda práctica farisaica. La familia cristiana es un camino compartido pero en el que se cuida que cada uno tenga su propio camino, su propia interioridad,

su propia originalidad. Pero también, como la Trinidad, es un ámbito de comunicación y diálogo de hondura desde esta pluralidad de personas. Así la familia se convierte en icono de la Trinidad, en imagen de la vida trinitaria, en un amor de personas diferentes en relación y diálogo. Todo un desafío hoy para una cultura en el que el diálogo y la tolerancia a lo diversos son mera retórica. Es la dimensión trinitaria de la familia.

A nuestro juicio todo esto supone ampliar el modelo de la familia de Nazaret y descubrir que la familia cristiana es la referida a toda la vida de Cristo y todos los misterios de la vida de Cristo. También la vivencia de la familia que tuvo el profeta de Nazaret en su vida pública, con sus discípulos, en enfrentamiento con sus paisanos, en la incompreensión de sus familiares, en los conflictos entre la familia y el reino, en su experiencia inigualable con el Abba, en sus comidas en las casas con pecadores, en su cercanía a tantas familias rotas, frágiles y vulnerables a las que curó y sanó⁷, en la

nueva fraternidad que abrió y vivió ya no basada en los lazos de sangre, en su caminar hacia la cruz.

Conclusión

La familia hoy aporta nuevos modos de nacer y crecer, de morir y enfermar, de amar y de vivir la sexualidad, de trabajar y descansar. La familia hoy culturalmente es más emocional, vulnerable, cuidadora y generadora de vínculos esenciales. La familia es hoy socialmente algo más que un conjunto de deberes y obligaciones, más que un recinto de placer y bienestar, más que un medio para el desarrollo personal y más que un absoluto cerrado sobre sí. La familia es apertura y diálogo, relación y participación, amor y comunicación, compromiso y solidaridad. Estos valores son los que la vivencia cristiana plenifica desde Cristo. La familia es un ámbito de acogida y hospitalidad de los más pobres y vulnerables, es un espacio para aprender a vivir abandonados y confiados en algo que nos trasciende, un lugar de comunicación y encuentro con uno mismo, un ámbito de amor y compromiso lleno de generosidad. Son las dimensiones cristológica, eclesiológica, trinitaria y escatológica de la familia. ■

⁷ JAVIER DE LA TORRE, *Familias rotas, frágiles, vulnerables. Jesús de Nazaret y la familia*, San Pablo, Madrid 2014 (próxima aparición).